

ANSELMO LORENZO
Su vida y su obra
Higinio Noja Ruiz

1271 - Bis

H. NOJARUIZ



Kolosa

ANSELMO LORENZO

SU VIDA Y
SU OBRA

UNAS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

No hemos querido dejar pasar este XXIV aniversario de la muerte de Anselmo Lorenzo sin romper el espeso velo de olvido en que está envuelta la figura del más esclarecido y consecuente organizador y animador de nuestro movimiento.

La actitud de lucha permanente en que nos hemos desenvuelto desde los orígenes bien definidos de los primeros Centros y Sindicatos de tendencia libertaria, y después esta guerra cruel que España sostiene por su liberación social y por su independencia nacional, no forman el ambiente más apropiado para el estudio y el recuerdo de los que colocaron la primera piedra de lo que, andando el tiempo, es nuestra vigorosa C.N.T. de hoy, y las ramas en que se divide la familia libertaria.

Pero teniendo en cuenta todo cuanto nuestro movimiento confederal, específico y juvenil, representa como fuerza de hondas raíces populares volcadas con su enorme poder en la contienda por la libertad de España, y como movimiento de ideas, es oportuno y necesario revalorizar a sus fundadores y maestros.

Anselmo Lorenzo tiene, para la C.N.T., la misma significación que Pablo Iglesias para la U.G.T. Esta etapa brillante de organización y capacitación de las fuerzas obreras de España para emanciparse de todos los yugos, que arranca de la última mitad del siglo pasado, no se comprendería sin Lorenzo.

De ahí que intentemos, en este XXIV aniversario de su muerte, ocurrida el 30 de noviembre de 1914, revivir su figura ante la nueva generación de militantes que no han conocido a los maestros y constructores, y ante todos los combatientes que ofrecen sus vidas en esta guerra a muerte contra el fascismo.

El compañero Noja Ruiz, a quien hemos encargado este folleto, que registra de una manera sumaria la vida, la obra y el pensamiento de Anselmo Lorenzo, dirá a nuestros lectores, en las páginas que siguen, quién fue y "El Abuelo".

Nuestra misión termina aquí.

Comisión de Homenaje del Movimiento Libertario.

C.N.T., F.A.I., F.I.J.L. y Mujeres Libres.

Valencia, noviembre de 1938.

ANSELMO LORENZO

INICIAL

Pocos hombres han ejercido sobre nuestro ánimo el ascendiente que ejerció Anselmo Loranzo.

Le conocimos cuando aun no habíamos salido de la adolescencia y en nuestro espíritu se mezclaban las ilusiones y los ensueños propios de los pocos años, con la generosidad de la juventud, que se inicia pletórica de anhelos de realizar grandes cosas. Él era ya un septuagenario de rostro luminoso, enmarcado en unas barbas de blancura nívea que prestaban majestad a su figura. Declinaba. El asma y los años le asesinaban un poco cada día. Casi no podía disfrutar otro placer que el que proporcionó siempre a este gran trabajador la labor perseverante que polariza en luz. Declinaba. Pero su espíritu se conservaba erecto y joven. Esto se advertía al primer golpe de vista en la vivacidad de su mirada, como se notaba el latir incesante de nobles pensamientos en su frente despejada y tersa, y que parecía iluminada por dentro.

Veneración nos inspiraba el Abuelo bondadoso, cuya cordialidad se traducía en frases amables y afloraba en su labios en una sonrisa. No sabemos qué sería para otros su modesta casita de la calle Casanova. Para nosotros, era un santuario. El santuario de la idea hecha carne en el simpático Abuelo.

Nos apresuramos a decir que esta veneración no derivaba del conocimiento de la obra, cuya significación y hondura no sabíamos ponderar. Algo influía sobre nosotros la leyenda que envolvía como en un halo el nombre de Lorenzo. Pero, sobre todo, lo que nos subyugaba era él. Irradiaba luz. A su lado se sentía uno a gusto, confiado, y un poquitín más bueno. Se dice que bajo la mirada fina y penetrante de Tolstoi, ni los más cínicos se atrevían a mentir. Pues bien; en presencia de Anselmo Lorenzo no podía uno expresar ni concebir pensamientos mezquinos. Su comprensión y su tolerancia, que respondían a su rectitud y a su bondad ingénita, se transparentaban de tal manera hasta en sus menores gestos, que uno se hubiera sonrojado incurriendo en pecado de mezquindad. Influencia personal. De ahí surgía nuestra veneración.

Cuando recibimos la noticia de su muerte, experimentamos una angustiada sensación de vacío. La esperábamos. Su edad, la enfermedad que padecía, la dolorosa conmoción que le produjo la violenta explosión de locura que arrastró a los hombres a pelear como lobos en el sangriento delirio de la gran guerra, hacían esperar el triste y fatal desenlace. Sin embargo, recibimos la noticia como una puñalada. Desaparecía con Lorenzo eso tan bello y fuerte que es un amigo sincero de los hombres y un apóstol de una idea grande. Se extinguía también uno de los últimos representantes de aquella generación de tipos íntegros y austeros que sólo pueden parangonarse con las grandes figuras de la Revolución francesa. No percibíamos la sensación melancólica que

inspira el hueco de un nido roto o la extinción de una estrella. Experimentábamos la desolación del viajero que en la soledad inhóspita del desierto ve morir en sus brazos, recostado contra su pecho, el último y más abnegado compañero.

Había muerto el Abuelo. La Anarquía había perdido su figura más venerable, y la humanidad se había quedado sin un guía que era a la vez un amigo. Nada tiene de extraño que por nuestras mejillas se deslizaran unas lágrimas, que nos subiera del pecho una congoja, y que el dolor nos clavara en la carne estremecida sus afilados dardos. ¡Había muerto el Abuelo!

LA AURORA

Nació Anselmo Lorenzo en la imperial Toledo, en marzo de 1841.

Un hogar modesto, una cuna humilde. El que estaba llamado a dejar de su paso por la vida una huella luminosa, hubo de nacer como el hilillo de agua que brota entre las peñas, en un rincón perdido en los vericuetos de la montaña. Y, también como él, había de ir engrosando su caudal y abriéndose su propio cauce.

Desde muy pronto, dio pruebas de una sensibilidad viva y de un despejo natural muy notable. Cordial, afectuoso, reflexivo, necesitaba el cariño como la planta el riego, y buscaba la luz como el sediento el manantial. Amar y comprender. Delicado como una sensitiva, cualquier brusquedad le hería vivamente. Ávido de saber,

constantemente había en sus ojos y en sus labios una interrogación.

Aprendió rápidamente y casi sin esfuerzo cuanto solía enseñarse entonces en la escuela de primeras letras. Sus notables disposiciones para el estudio llamaron la atención de sus profesores. Comprensión fácil. Aplicación. Retentiva. Equilibrio. Era lástima no dedicarle al cultivo de alguna disciplina intelectual, orientando y aprovechando bien sus condiciones naturales.

Pero los padres de Lorenzo no poseían bienes de fortuna, y la ciencia es un lujo demasiado caro que sólo pueden permitirse los privilegiados. En el mercado social, las facultades no tienen valor efectivo. Todo se compra y se vende. Y quien no dispone de numerario, por excelentes que sean sus condiciones naturales, se halla incapacitado para elegir su camino. Así se han malogrado tantas inteligencias, y abundan tanto los sabios, con orejas de a metro. La sociedad es una lonja. En ella se vende todo. Un rico puede comprar lo mismo un certificado de honradez que el título de una facultad o una reputación de sabio, aunque sea un bandolero y un botarate. Un desheredado sólo puede adquirir, y no siempre, pignorando su dignidad de criatura humana y la fuerza de su inteligencia y de sus músculos, el parco yantar diario, aunque lleve en potencia las facultades distintivas del genio.

Anselmo Lorenzo, perteneciendo a la gran familia de los que al nacer no hallaron cubierto decente en el banquete de la vida, no pudo cursar estudios superiores.

Deseando sus genitores equiparle del mejor modo posible para que actuara con éxito en el rudo combate por la existencia, lo enviaron a Madrid, al lado de un pariente cercano, para que hiciera el aprendizaje. Deseaban dedicarle al comercio. Mas el muchacho no tenía inclinación al mercantilismo. Le entusiasmaban los libros. No le placía situarse tras del mostrador, ni hallaba la menor poesía en el libro de Caja. No tenía alma de mercader.

Hubo que renunciar a la idea de hacer de él un comerciante. Tuvieron el buen sentido de no violentarle, y le dejaron seguir su ruta. Así entró, por libre elección, en una imprenta, para aprender el oficio de tipógrafo, que era el que mejor cuadraba con su amor a las letras, y en el que llegó a ser un buen oficial.

No abandonó por eso el estudio ni descuidó su instrucción. Asistió con aprovechamiento a las clases que organizó la Sociedad de menestrales “Las Veladas del Artesano”, que más tarde se convirtió en “El Fomento de las Artes”, y allí amplió sus estudios de Gramática, Geografía e Historia y Aritmética, y aprendió el francés. Por su aplicación, mereció y obtuvo muy honrosas distinciones.

Sobre los años de aprendizaje vale más tender un velo.

Un aprendiz es un pájaro encerrado en una jaula oscura y sucia. El taller es lóbrego y triste como la celda de una cárcel, y las pupilas infantiles necesitan beber luz, como su almita en formación precisa el calor del afecto y la alegría, y sus músculos la movilidad. No obstante, debe reprimirse. El maestro es un Argos malhumorado. Todo lo ve. La menor distracción la castiga a pescozones. ¡Cuidado! Eres inquieto como una ardilla, travieso como un pilluelo, y alegre como un cascabel. Pero los mayores no comprenden tu dinamismo inobjetivo, ni hallan graciosas tus travesuras, ni comparten tu alegría ruidosa y explosiva. Nada más que te dejes llevar un poquitín por tus impulsos naturales, en la penumbra se extiende una pesada mano que deja en tus mejillas el escozor de una bofetada. Y menos mal si viene sola.

Anselmo Lorenzo no se halla, a pesar de todo, a disgusto en el taller. Aprende. Es avisado y curioso. El angosto recinto es para él un universo. Observa, curioseas y almacenas experiencias. Estudia en todo. En el rostro de las personas, en los movimientos precisos de las máquinas, en los objetos inanimados que le rodean. Y en todo descubre encantos inéditos. Tantos, por lo menos, como los que halla en el ráyito de sol que tímidamente penetra en el taller, alumbrando una columna de polvillo impalpable cuyas menudas esferitas suben y bajan, oscilan, aparecen y desaparecen como globitos de oro que brillan un momento y se pierden en las sombras.

Empieza a sentirse útil. Incorporado al taller, se considera una pieza indispensable en el engranaje de la producción. Cada progreso realizado le enorgullece como una victoria lograda en buena lid. Y cuando sale a la calle, rebosante de claridad y plena de animación y bullicio, adopta una gravedad de hombrecito. Gravedad que no le impide saltar y brincar para desentumecerse, y gritar como un loco para gozar la sensación de sentirse vivo y de unir su voz al concierto de voces que le circundan.

Aprendizaje. Aurora cuyos esplendores no pueden sofocar las tinieblas del taller ni la ruda incomprensión del maestro. Aurora que es una esperanza, porque lleva en sí la sonrisa de la infancia, la promesa del botón que pugna por convertirse en flor y que tal vez polarice en fruto. Aprendizaje. Alba de una vida que aspira a ser útil y acepta la disciplina del trabajo que todo lo crea y vitaliza.

LA MAÑANA

Concluido su aprendizaje, Lorenzo empieza a ganarse el pan con el propio esfuerzo.

Está enamorado de su oficio. Debe a los libros numerosos placeres, y admira ingenua y profundamente a quienes los escriben. Por eso le satisface más su profesión. Colabora en cierto modo con el literato, con el publicista y con el sabio. Componedor en mano, agrupa letras, forma frases y períodos que van llenando el galerín. La belleza del giro retórico, la brillantez de la imagen, la fuerza expresiva de la metáfora, la hondura del concepto, el vivo

centelleo del pensamiento, van tomando forma mientras su mano hábil, saltando en los cajetines, va lentamente componiendo galeradas.

Colabora. No crea, pero ayuda al creador multiplicando las copias de su obra. Gracias a su trabajo anónimo, se llenan de libros los escaparates de las librerías, y sale cotidianamente a la calle el periódico que constituye para muchas personas el único alimento espiritual. Colabora. Facilita la difusión de la luz, al par que se remonta a las fuentes puras del conocimiento.

Todavía se encuentra en el período interesante de la absorción de la luz. Su pensamiento se deja trabajar por el pensamiento de los otros. Admira y sueña. No se atreve a ejercitar las propias armas. El primer vuelo requiere osadía. Le invade a uno el temor de que le falte espacio o le fallen las alas. El hombre de letras es aún un semidiós. Se le estudia y se le admira, pero no se le discute. Lo que dicen los libros es sagrado, tiene la categoría de lo infalible.

La rebelión ha de venir más tarde. Pasado el primer deslumbramiento, el admirador selecciona. Diríase que su paladar se afina y se hace más exigente. Ya no acepta todos los manjares. Elige. Y acepta o rehúsa sin previo razonamiento. De eso a la rebelión irreverente no hay más que un paso.

Anselmo Lorenzo lee, medita y observa. No analiza. El estudio es para él una necesidad. Acaso experimente el deseo de discutir. Sólo que ese deseo es, en todo caso, muy tímido para cristalizar en

acto. Se entrega. La admiración le traba. El pensamiento ajeno tiene fulgores tan vivos, que encandila al propio. El suyo, en relación con el de los magos que escriben libros, es tan débil como una lamparilla de macilenta luz comparada con él sol de mediodía. Por eso no analiza ni discute. Lee, observa, medita y admira. Y se considera satisfecho contribuyendo a la difusión de la luz, multiplicando, componedor en mano y frente a los cajetines, el pensamiento de los otros.

Ni siquiera se le ha ocurrido componer una idea propia. Aprende cada día algo nuevo, y ello aumenta su capacidad mental y su finura de percepción. Pero escribir... Eso sería excesiva audacia. Sus reflexiones no rebasan los límites del balbuceo. Su cerebro sólo emite luz refleja, que alumbrá, pero no calienta.

La audacia se la dará la necesidad imperiosa de gritar a los otros *su* verdad, de alumbrar un camino nuevo, y para eso es pronto aun. Es todavía la mañana. La mañana que se abre como una flor o se alza coronada de esplendores. Es preciso esperar, concentrarse, recoger todos los músculos, y hacer acopio de energías para emprender el vuelo. Y mientras inconscientemente se prepara, admira y espera.

EL ESCENARIO

El medio en que se forma Anselmo Lorenzo ofrece un destacado interés.

Temperatura de horno. Dinamismo y desasosiego. Asonadas, motines y pronunciamientos. En la profunda inquietud imperante, todo parece indicar que el populacho, convertido en pueblo, va a iluminar los fastos de nuestra historia con el alba roja de la Revolución.

El escenario es apropiado para que la juventud se forme y actúe. Se echa de ver, sin embargo, falta de orientación. El pueblo sigue ya a este caudillo ya a aquel. Se ve que juega a la revolución. Pero ni el caudillo ni el pueblo saben con exactitud lo que desean. Acaso no deseen nada en concreto. Desde luego se despliega una actividad ardillesca, sin sentido. Los revolucionarios de la burguesía, agrupados en el Partido republicano, perdieron una magnífica oportunidad por no apoyarse en el pueblo, al que no querían reconocer otros derechos ni otras libertades que las que ellos consideraban prudentes, se hundió en el descrédito la República, que no se instauró como consecuencia de una verdadera Revolución.

En esta atmósfera de horno, el joven Lorenzo camina sin brújula. No ha encontrado aún su camino. Se entusiasma, pero no se entrega. Los oradores de la burguesía, que se presentaban con atuendo de redentores, no le convencen. Empieza a manifestarse su espíritu crítico. Admira la facilidad de expresión, y se deja arrebatar por la belleza del discurso de perfecta construcción. Reacciona pronto. Toda aquella retórica le suena a falso. Él no

sabe aún lo que debe oponerse a todo aquello. Presiente que el pueblo, el auténtico pueblo, no sale ganando nada con un cambio de instituciones, pero no sabe qué ofrecerle en compensación de aquellas pobres conquistas.

El medio ejerce sobre él un poderoso atractivo. Le seduce. Concorre a todas las asambleas políticas. Se suma a la corriente. Se considera, como todos sus amigos, federalista.

No lo es. Sin proponérselo, discute. No se siente satisfecho. Los prohombres republicanos hablan muy bien. Arte difícil. Pero si la belleza de la forma le encanta, como suele encantar lo bello a los espíritus delicados, en cuanto, a solas consigo mismo, busca el contenido, se desencanta y decepciona. Hojarasca. Follaje lujurioso que oculta un tallo raquítico. Palabras sin pensamientos. Espuma. Además, empieza a ver tras las frases fogosas la mezquindad de los propósitos, las ambiciones inconfesables, los bastardos apetitos. Hombre del pueblo, se pregunta qué logrará ayudando a subir a tales aventureros, y la respuesta es desoladora. Ha de confesarse que, en realidad, no se pretende sino desnaturalizar los verdaderos deseos del pueblo, retocar la fachada del edificio que se prometió demoler.

Después del triunfo de la Gloriosa, su decepción sube de punto. Se ha instaurado la República. El pueblo, como un niño en fiesta, se entrega a los mayores transportes de alegría. La palabra libertad le electriza. Le place que le apelliden soberano, y hace acto de

presencia y actúa de comparsa en todos los actos públicos. Lorenzo se deja contagiar del entusiasmo popular, que frecuentemente es populachero, pero no se envanece de su flamante soberanía. No hay para qué. Ha leído lo suficiente para saber cómo vive el trabajador en los países que se rigen por instituciones republicanas. El cetro del nuevo soberano es una simple caña, y su soberanía, una irrisión y un sarcasmo. Los derechos conquistados, únicamente le sirven para elevar a los aventureros de la política, muy diestros en el arte de pescar en río revuelto.

Lo grave es que, por más que se tortura, no encuentra nada más que negaciones dentro de sí. Y ese es un pobre bagaje para el que desea ofrecer un presente a los hombres. Comprende que no debe apagar una ilusión sin encender una esperanza, y tiene la desgracia de no ver claro.

Escenario interesante, e interesante momento de la vida de Lorenzo. Comienza la rebelión. Los viejos ídolos no tardarán en caer de sus pedestales, empujados por el novel iconoclasta. Aun es pronto. Pero el alba asoma, las brumas de la noche se dispersan como empujadas por los rosados dedos de la aurora, y no tardará en aparecer por las ventanas de Oriente la dorada cuadriga que conduce Apolo.

LA PIEDRA DE TOQUE

Por entonces comenzaba a dar que hablar la Asociación Internacional de los Trabajadores, organizada en Londres por un puñado de hombres inteligentes y generosos. El capitalismo, que nació y creció como la espuma al calor del desarrollo prodigioso del industrialismo, había provocado protestas universales, y se había ganado la enemiga de los espíritus más dispares.

Las fábricas eran un verdadero infierno en las que hombres, mujeres y niños, cobraban un salario de hambre y trabajaban jornadas hasta de dieciséis horas. Peor que las bestias vivían los obreros de la industria, en tanto que la clase rapaz de los fabricantes reunía en poco tiempo fortunas fabulosas. Esto indujo a algunos hombres de la clase media a idear formas de cooperación que corrigieran los defectos del industrialismo sin renunciar a sus ventajas, y que, desgraciadamente, no tuvieron éxito.

La Asociación Internacional de los Trabajadores nace del seno de esa protesta viva, y se extiende en breve por los principales países de Europa. Se propone unir a los trabajadores de todo el mundo por encima de las fronteras para propiciar un movimiento revolucionario universal que emancipe al hombre de la tutela del Estado, de la explotación capitalista y del dogmatismo religioso. “No más deberes sin derechos, ni más derechos sin deberes”, clama la nueva Organización. Y pone en circulación un código de moral humano y unas normas de convivencia social que han de asegurar

la libertad y la dicha humanas fundamentándolas sobre la sólida base de la fraternidad universal.

A España, aprovechando el ambiente de libertad que se respiraba entonces y comisionado por la Internacional, vino José Fanelli, individuo de una mentalidad vigorosa y bien cultivada, poseedor de un amplio espíritu y del temperamento propio del verdadero revolucionario.

Anselmo Lorenzo, acompañado de sus amigos Morago, Manuel Cano, Borrell, Mora y otros, fue a escuchar a Fanelli en casa de Rubau Donadeu.

El famoso revolucionario italiano, amigo de Garibaldi y uno de los Mil de Marsala, ejerció sobre aquel puñado de jóvenes una poderosa influencia. Su verbo de fuego, las ricas matizaciones de su voz, que tomaba las inflexiones propias de las ideas y de los sentimientos que expresaba, la amplitud y fuerza expresiva del gesto, que transmitía la impresión neta de lo que quería decir, aun explicándose en un idioma desconocido para sus oyentes, ganó para la causa de la Internacional a la mayoría de aquellos corazones generosos, y trazó a Lorenzo el camino que había de seguir en línea recta toda su vida, vertiendo luz y pisando abrojos.

Era su camino. El camino que en vano había buscado hasta entonces, ganoso de prodigarse, de darse todo él a los hombres, de emplear bien su inteligencia, sus energías y su tiempo.

Ahora sabía ya lo que se proponía y hacia dónde se encaminaba. Veía un camino y una meta. Comprendía. La luz entraba a raudales en su ser y le inundaba el alma. Orgía de claridades. Iba contra el poder coercitivo del Estado, contra la rapacidad burguesa, contra el dominio inadmisibles del sacerdote, que entenebrece las conciencias y santifica la opresión y la explotación del hombre por el hombre. Se encaminaba hacia la supresión de las clases y las castas, y a la instauración de una sociedad de iguales en la que el trabajo dignificado perdiera su carácter actual de inmoral compraventa y no fuera por nadie eludido ni por nadie explotado. Para ello contaba con una fuerza: la organización de los oprimidos. Y disponía de un medio: la Revolución Social.

Sin duda alguna, Anselmo Lorenzo tenía predisposición natural al apostolado. Pero Fanelli fue para él la piedra de toque, el “ábrete sésamo” mágico que despertó todas sus energías, le dio orientación y le marcó objetivo.

Piedra de toque. El gran hombre italiano puso con su palabra ardiente en movimiento una fuerza que, a su vez, había de llenar medio siglo con sus luchas y había de llenar de contenido y de orientar el movimiento obrero español de tan puras esencias libertarias impregnado desde su albor.

EN MARCHA

Organizado el primer núcleo de la Internacional en España, comienza para Lorenzo una vida de febril actividad.

Nuestro movimiento obrero carecía de significación. Apenas si existía fuera de la industriosa y rebelde Cataluña. Con la Organización de la Federación Regional Española Sección de la Internacional, las cosas cambian rápidamente de aspecto en ese orden. Pronto prende la semilla arrojada por Fanelli en terreno propicio, en Cataluña y Levante, en el Sur, en el Norte y en el Centro. De igual manera da óptimos frutos en las llanuras de la Mancha, que en las áridas mesetas de las dos Castillas; en las ardientes tierras andaluzas, que en las jugosas del Norte; en el litoral mediterráneo, que en las tierras catalanas.

Es una verdadera eclosión de claridades. El proletariado español despierta y se incorpora al movimiento emancipador que más de una vez hará vacilar las instituciones y ha de llevar la inquietud y la zozobra al mundo burgués que finalmente ha de destruir para siempre.

Conviene destacar que el movimiento fue desde un principio esencialmente libertario en nuestro país. No podía ocurrir de otro modo siendo Fanelli su iniciador. Se declara en seguida antipolítico, ateo y anticapitalista. Va en línea recta contra el principio de autoridad, contra la explotación del hombre por el hombre, contra el amo, contra el sacerdote y contra el gobernante. Así lo proclaman en sus escritos, conferencias y Congresos obreros, y a tal criterio ajustan sus normas de actuación los componentes del núcleo primitivo de la Internacional en España.

Los principios de la organización eran en su esencia los mismos que animan hoy nuestro, movimiento, a pesar de la fe depositada en la caja de resistencia y en la especie de sindicalismo a base múltiple que se adoptó. No se exigía a nadie una profesión de fe determinada como condición indispensable para ingresar en la Organización. Bastaba con ser obrero y estar conforme con los Estatutos de la Internacional y con el contenido de su famoso Manifiesto. Se pretendía dar a la sociedad una organización nueva en lo económico, transformando a fondo las instituciones, y para eso se pedía al trabajador, eterna víctima, cooperación efectiva y no sacrificio de sus particulares ideas y creencias. Piensa como te acomode, pero actúa para emancipar al hombre de toda tiranía.

De la orientación que seguía el movimiento dan una idea estos párrafos que copiamos del número uno del periódico *La Solidaridad*, primera publicación de los internacionalistas españoles, y que a modo de programa redactó Anselmo Lorenzo.

Dicen así :

“Ha sonado la última hora del imperio de la autoridad; ha nacido la libertad.

Reconocemos la igualdad de los hombres ante las leyes eternas de la Naturaleza, y queremos que la sociedad sea la fiel expresión de este principio. Encontramos lógico que si las escuelas autoritarias han concedido capacidad a ciertos hombres para hacer las

leyes y poder para hacerlas ejecutar, bien podemos nosotros, liberales igualitarios, hacer extensiva esta capacidad a todos los hombres.

Hasta aquí, como se ha tratado siempre de sostener la autoridad, ha sido preciso sostener la esclavitud; como una clase ha representado la riqueza, la ilustración y el poder, otra ha sufrido la miseria, la ignorancia y la sumisión. Esta injusta diferencia ha producido todos los males que los autoritarios suponen inherentes a la naturaleza humana.

Protestamos, pues, contra tan injustos principios, y nos proponemos dedicar toda nuestra actividad al triunfo de la igualdad.”

Con mayor claridad resalta el carácter libertario del movimiento en la resolución aprobada por el primer Congreso obrero celebrado en Barcelona por la Sección Española de la Internacional en junio de 1870, y que dice así:

“Considerando:

Que las aspiraciones de los pueblos hacia su bienestar, fundándose en la conservación del Estado, no sólo no han podido realizarse, sino que este poder ha sido causa de su muerte.

Que la organización de la explotación del capital, favorecida por el Gobierno o Estado político, no es otra cosa que la explotación perenne y siempre creciente, cuya sumisión forzosa a la libre concurrencia burguesa se llama derecho legal o jurídico, y por lo tanto obligatorio.

Que toda participación de la clase obrera en la política gubernamental de la clase media no podría producir otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente, lo cual necesariamente paralizaría la acción revolucionaria socialista del proletariado,

El Congreso recomienda a todas las Secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores renuncien a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales, y las invita a emplear toda su autoridad en la constitución federativa de los cuerpos de oficio, único medio de asegurar el éxito en la Revolución Social.

Esta Federación es la verdadera representación del trabajo, y debe verificarse fuera de los Gobiernos políticos.”

La idea en marcha gana adeptos y no tarda en crear una potente Organización que se orienta en un sentido netamente libertario.

Lorenzo y sus amigos Borrell, Mora, Morago, en Madrid, acuden a todas partes, y en todas partes hacen oír su voz exponiendo los principios básicos de la Internacional y razonando sus fundamentos. Escriben, hablan y organizan.

Anselmo Lorenzo, que maneja la pluma como una herramienta de trabajo y como un arma de lucha y que se hace notar por la honda gravedad de los conceptos que expone y por la precisión, sencillez y claridad de su prosa, debuta como orador en la segunda y última reunión pública celebrada en la Bolsa bajo los auspicios de la Asociación para la Reforma de los Aranceles. Allí sostuvo, frente a los encopetados oradores de la escuela burguesa, su credo libertario, escandalizando a la concurrencia y dejando en ridículo a quienes habían convocado al pueblo para deliberar serenamente y trazar después un camino a seguir.

Más tarde, la Federación Española organiza y desarrolla, y en medio del mayor entusiasmo, las conferencias de San Isidro, respondiendo al reto que lanzara don Gabriel Rodríguez a Morago y Lorenzo, y en ellas quedó una vez más patentizado el carácter libertario del movimiento obrero español.

En marcha. Lorenzo actúa con actividad y entusiasmo. Escribe y perora. Desempeña cargos de responsabilidad en la Organización. Asiste a Congresos nacionales y extranjeros. Se hace notar. Se multiplica, atiende a todo, sin dejar por eso de ganarse el pan levantando letras en el taller.

Sueña con la instauración de una sociedad libre y justa que ha de levantarse sobre las ruinas del capitalismo y del Estado burgués, barridos por el soberbio empuje de la Revolución Social. En marcha. Proa al futuro, enfila el rumbo y ha de seguir durante toda su vida en lucha franca contra todo género de opresión y en pro de la integral manumisión del hombre.

CALVARIO

Pero no se sigue sin dolor un sendero áspero ni se ejerce el apostolado de una idea grande sin proclamarse candidato forzoso al martirio.

Anselmo Lorenzo ha encontrado su camino, y lo seguirá sin desviaciones ni desmayos. Tiene necesidad de aguzar el ingenio y de robustecer sus argumentos, y pide al libro conocimientos, y a la realidad experiencias vivas. Así se perfecciona y llega a poseer la soltura necesaria para exponer con claridad su pensamiento y para pulverizar con argumentos de buena ley los sofismas del adversario. Trabaja.

Y en determinados momentos puede darse por satisfecho de su obra.

Sólo que, a pesar de las corrientes liberales que laten en España, los políticos de todos los matices acogen con inquietud el incremento alcanzado por la Internacional, y no pudiendo desviar

su trayectoria ni desnaturalizar sus principios, se disponen a combatirla sin perdonar medio ni ocasión.

Primero se recurrió a la calumnia para que la fuerza corrosiva de ésta lograra lo que no pudo lograr el sofisma envueltos en frases brillantes y en períodos bien contruidos.

Fracasan. Los hombres de la Internacional pueden ofrecer una limpia ejecución de nobleza, y resultan tan inatacables o tan invulnerables como los principios que propagan y defienden con una lógica indestructible. Entonces se recurre a la brutalidad.

De antiguo venía celebrándose en Madrid, con festejos populares, la conmemoración del alzamiento general contra los franceses en 1808. Los internacionalistas, fieles a sus principios de fraternidad universal, organizan el 2 de mayo de 1871 un té de honor en pro del acercamiento de todos los pueblos, y razonan previamente en un hermoso Manifiesto la bondad del propósito que les anima. Cuando, en la fecha convenida, celebraban su fiesta en el café Internacional, una turba enloquecida por el alcohol y excitada por los energúmenos de la célebre Partida de la Porra, desembocó por la calle de Alcalá y se situó, vociferante y amenazadora, ante el local en que nuestros amigos celebraban la reunión. La mayoría de los allí congregados fueron brutalmente apaleados por la multitud, sin que las autoridades, que tenían el deber de garantizar el derecho de libre reunión, hicieran nada por evitar el atropello.

Es verdad que tales procedimientos, si daban la medida del odio y del miedo que a los Partidos políticos de la burguesía inspiraba la organización de los trabajadores bajo el pabellón glorioso de la Internacional, antes robustecía que debilitaba a la Federación, que seguía en ascensión su ruta a pesar de todos los obstáculos.

Sin embargo, días más terribles se avecinaban. Ahogado en sangre en París el movimiento de la *Commune*, Julio Faure, ministro francés de la Defensa Nacional, incita a todos los Gobiernos del mundo civilizado a perseguir a la Internacional. En España se hace eco Práxedes Mateo Sagasta de esa incitación, e inicia desde el Ministerio de la Gobernación la persecución. Las cárceles se llenan de obreros. Por doquier se advierte la hostilidad de los poderes públicos contra cuanto huele a internacionalismo.

El Consejo Federal de la Sección española de la Internacional, previendo esta persecución, acordó dividirse y mandar una delegación a Lisboa, que la integraron Anselmo Lorenzo, Morago y Mora, y a ello se debe la difusión en Portugal de los principios de la famosa Organización, que no había de tardar en ser declarada fuera de la ley.

A partir de esa fecha, Lorenzo empieza a saborear las amarguras del apóstol. Persecuciones. Encarcelamientos. Deportaciones y destierros. Vigilado estrechamente por la Policía como sujeto peligroso, habrá de sentir frecuentemente sobre su carne el zarpazo de la injusticia. Sufre. Hay temporadas en su existencia

que no se explica en virtud de qué fenómeno de resistencia pueden soportar sus nervios la tensión emocional. Ocurre esto, singularmente, cuando el célebre proceso de Montjuich, incoado a consecuencia de los atentados terroristas, por la misma Policía organizados para justificar aquella bárbara represión cuyos horrores conmovieron profundamente a toda Europa y a toda América.

Anselmo Lorenzo, encerrado en el fatídico castillo, no fue materialmente sometido a la tortura. Pero sus sufrimientos debieron ser horribles. Hombre bueno y cordial que por amor a la humanidad que sufre y llora se enrola en las filas de los que luchan para manumitirla, debía oír, envenenado por el dolor y la rabia impotentes, los lamentos desgarradores de los compañeros martirizados para arrancarles una declaración que justifique la refinada crueldad de los procedimientos y las condenas a la última pena de honrados trabajadores enteramente inocentes de los crímenes de que se confiesan autores, vencidos por la tortura. Lamentos. Gritos de dolor. Eco de las descargas de fusilería que denotan han sido fusilados en los fosos del castillo unos cuantos compañeros. Tortura moral que resiste a toda descripción y que hubo de soportar Lorenzo, luchando heroicamente para no enloquecer.

Bien se cebó en él el odio rencoroso de la burguesía. El pensador sereno, el hombre pacífico que ni siquiera sabe odiar a quienes le

hacen daño, que no orientó jamás sus críticas contra las personas, sino contra las instituciones, que aspiraba al disfrute de la libertad llegando a ella por los caminos de la cultura, que contribuía a la felicidad humana derramando luz y no cayendo nunca en los extravíos del odio, soportó numerosos encarcelamientos y destierros. Basta indicar que en 1909, muy cercano ya a los setenta años y habiendo alcanzado envidiable reputación de publicista, fue desterrado a Teruel y abandonado allí a sus propios recursos, que no eran muchos dada la invalidez a que le sujetaban la edad y los achaques, y dada la pobreza de horizontes de la ciudad de los Amantes.

Lo soporta todo con dignidad y entereza. Augura el bien, ha elegido bien su camino, y no son las persecuciones, que prueban la injusticia de las instituciones que combate, las que le inducirán a rectificar. A la inversa. Ello robustece su fe y le incita a perseverar.

Calvario. Calvario reservado a todo apóstol, a todo sincero amigo de los humildes, a todo propagandista inteligente de un ideal de justicia.

ELEVACIÓN

En Anselmo Lorenzo se admira, ante todo, al sincero amigo de los hombres y al paladín consecuente y sensato de una noble idea.

No obstante, es más admirable aun el empleo que dio a sus facultades y a su tiempo.

Sin duda alguna poseyó un claro talento y una inteligencia bien dotada. Pero si tenemos en cuenta su condición de obrero sujeto a la disciplina del taller hasta los sesenta años, las persecuciones de que fue objeto y la cultura amplia y completa que logró adquirir, nos sorprenderá con razón la enormidad del esfuerzo que hubo de derrochar.

Hay más, sin embargo.

Anselmo Lorenzo no buscó nunca el medro personal ni ambicionó el aura popular ni mendigó las sonrisas de la gloria. Desinterés. Modestia. Altruismo. Es un trabajador que no aspira a más que a ser útil. Siembra. No le preocupa ni le quita el sueño quién recogerá la cosecha. El arroja la semilla en el seno cálido del surco y espera se produzca el sagrado fenómeno de la germinación. Siembra en la humanidad y para la humanidad. Para él no espera ni desea galardones. La bastan los sencillos goces que proporciona el deber cumplido.

Pero Lorenzo ama el saber y es un enamorado de la obra bien hecha. Para llenar a conciencia la misión que se ha señalado, no basta querer. Es preciso también saber. Con frecuencia lo repite a quien quiere oírle. El que sabe y quiere, puede. Piensa y observa. Y traduce al papel sus pensamientos y sus observaciones. Mas para darle vigor y tersura a la argumentación, es indispensable estudiar, bucear en los libros, remontarse a las fuentes puras del conocimiento.

Y el trabajador infatigable remonta su ruta. Robando tiempo al descanso y céntimos al exiguo salario, adquiere libros y los estudia con avidez. Para poder aprender, ha de imponerse privaciones, limitar sus necesidades, disciplinar su voluntad, cerrar los ojos y volver la espalda a las seducciones de la vida. No importa. Quiere volar hacia la luz, y vuela, procurando no quemarse las alas. Así, con un esfuerzo tenaz de todos los días, aprovechando todos los instantes, escala las cumbres del saber y se capta el cariño de los amigos y el respeto y la admiración de los enemigos.

Quien no sabe aquilatar la grandeza de Anselmo Lorenzo a través del magnífico esfuerzo, del prodigio de la voluntad que representa remontarse con las propias alas, volar de la sombra a la luz, se halla incapacitado para comprender su obra, y no puede ponderar en sus justas proporciones el bello ejemplo de su vida.

Elevación. No es tan fácil autoeducarse y crearse una cultura sólida peleando a brazo partido con la miseria, sufriendo y soportando la hostilidad del medio, braceando contra la corriente y sujeto a la esclavitud del taller. Menos fácil es aún ir creando al mismo tiempo una obra señera, plena de sugerencias y anticipaciones.

Elevación. Salto prodigioso de las tinieblas a la claridad. Suma de esfuerzos perseverantes que duran toda una vida y que dan una idea de lo que puede lograr, si se lo propone firmemente, la voluntad del hombre.

Más que su obra visible, vale, en nuestro criterio, el esfuerzo invertido en la formación de sí mismo, porque nos da idea de lo que puede conseguirse animado y estimulado por una idea noble, y nos transmite la sensación más justa acerca de la perfectibilidad del ser humano.

Es digna de admiración la obra de Lorenzo y las cualidades de su carácter. Pero es más digno de admiración el empleo que da a sus facultades y el derroche de energía que representa la conquista de la cultura y su autoeducación.

LA OBRA

Ya en sus primeros escritos destacan en la obra de Anselmo Lorenzo la claridad, la precisión, la hondura del concepto, la ponderación y el equilibrio.

No es un estilista como Ricardo Mella. Su prosa es enjuta y sobria, escasa de vegetación como las tierras pardas de las mesetas castellanas. Sin embargo, es jugosa y llena de vida. Su estilo se ajusta al tema como el guante a la mano. No compone frases bellas. Diríase que la abundancia de ideas impide el desahogo lírico o que la gravedad del concepto no sintoniza con el giro gracioso, de belleza delicada.

Su estiló es viril, serio, lleno de claridad, de luz interior, de fuerza expresiva. El adorno no le va. Es todo él contenido. Su mérito es el

de la sinceridad. Su belleza, la del pensamiento desnudo, que se apodera del lector, que no siempre penetra sin herir.

Obra de pensamiento. Lorenzo no pretende conmover haciendo vibrar las fibras del sentimiento del que lee. Ni deleitar. Prefiere llegar a la razón por el camino luminoso del verdadero raciocinio. Mostrar. Presentar sin disfraces las mentiras de la civilización. Demoler prejuicios. Señalar rumbos nuevos. Crear y vulgarizar.

Sus escritos, despojados de galas innecesarias, tienen el encantó de la cosa vivida y examinada desde todos los ángulos. Iluminan. De una manera imperceptible, se adueñan de nosotros sus conceptos, y nos bañan en la luz suave que no deslumbra, a semejanza de la claridad difusa del alba, que nos muestra sin violencias el contorno de las cosas. Con una diferencia: que Lorenzo apenas se detiene en la superficie. Muerde y nos hace morder en la almendra recóndita, dulce o amarga, del fruto.

Dos aspectos principales ofrece la obra de Anselmo Lorenzo: el del humanista y el del sociólogo. Y dentro de éstos es preciso distinguir otros matices. Por ejemplo: el sociólogo se deja absorber a veces por el societario, como el humanista, que sueña con una humanidad redimida y feliz, se deja eclipsar momentáneamente por el obrerista. Pero siempre conserva su tono cordial, reposado y sereno.

Sus producciones responden de ordinario a una necesidad inmediata. Vive en la realidad y no concibe que se pueda escribir

sin perseguir una finalidad positiva de utilidad general. Cuando se inicia en la lucha, se da cuenta de que al pueblo español es menester demostrarle de un modo indudable que es explotado, y enseñarle que está en su mano dejar de serlo. Ese es el punto de partida de su copiosa obra. Sus artículos de periódicos y de revistas, sus admirables conferencias y sus libros se ajustan a la misma tónica. Por una parte, muestran la injusticia social imperante de que es víctima el productor sometido a la condición inferior de explotado y de súbdito. Por otra, difunde ideas y señala medios adecuados para darles cabal realización. Pero Lorenzo sabe que la situación de la vida de los pueblos no cambia por el simple hecho de modificar las cláusulas del contrato social. Se puede reconocer a los individuos la libertad de pensar y respetar el derecho a la libre emisión del pensamiento, mas no por eso vamos a ser todos pensadores. No se desarrolla la facultad de pensar por arte de magia, ni albergará nuestro cerebro pensamientos porque se le ocurra al legislador consignar en la carta fundamental del Estado que estamos facultados para hacerlo. Si ha de hacerse uso de ese derecho, es indispensable liberar al individuo de la tiranía de la ignorancia, desarrollar el proceso de educación que se requiere para que el cerebro esté en condiciones de concebir pensamientos. Es decir, que las libertades y los derechos son letra muerta en tanto que no estemos en condiciones de ejercitarlos. Y cuando lo estemos, aunque las leyes se opongan, ya buscaremos y hallaremos la forma de ejercitarlos, burlándolas.

Quizá por eso no es Anselmo Lorenzo un agitador.

Expone ideas. Indica caminos. Teoriza sobre tácticas de lucha. Vulgariza conocimientos. Confía en la cultura, como, agente revolucionario de primera categoría. Saber. Conocer qué soy, de dónde vengo, adonde me encamino. Tener conciencia de lo que soy y de lo que tengo derecho a ser. Saber, saber.

El interés de la obra de Lorenzo, que estudiaremos con mayor detenimiento en otra oportunidad, arranca de ahí. No es un escritor corriente. Es un pensador y un apóstol que recurre a la pluma para comunicar sus pensamientos y ejercer su apostolado. El mérito de sus escritos, como su belleza, reside en la cantidad de verdad que atesoran y en la noble sinceridad que los anima. No es mérito de ínfima jerarquía.

No es tampoco grano de anís su labor de traductor. Casi todas las obras del fondo editorial de la Escuela Moderna, incluyendo *El Hombre y la Tierra* de Reclús, fueron por él traducidas con una pulcritud y una honradez dignas de los mayores elogios.

Millares de artículos, decenas de conferencias, media docena de libros, numerosas traducciones y una actuación de medio siglo en la militancia del movimiento obrero y anarquista en España, constituyen la obra de Lorenzo, del obrero inteligente y culto que se elevó por sus propios medios a la categoría de publicista sin desertar del taller, que fue ejemplo de luchadores y representa el mayor y mejor timbre de gloria del anarquismo español.

LA ÚLTIMA LUCHA

En 1900, aun ocupaba su puesto en el taller, componedor en mano, Anselmo Lorenzo. Mala vejez aguardaba al consecuente luchador.

Hacía años que había constituido un hogar. Unido a una compañera comprensiva y cariñosa que le hizo gozar los placeres de la paternidad y compartió con él pesares y alegrías, veía aproximarse los años crueles en que, inválido para el trabajo, tuviera necesidad de renunciar a lo indispensable o de admitir los consuelos de la solidaridad, cuando Francisco Ferrer, el fundador de la Escuela Moderna, le ofreció una plaza de traductor, que Lorenzo aceptó con júbilo.

Naturalmente, tuvo que renunciar a los trabajos de creación propia. Aparte de sus artículos para la Prensa obrera, no se ocupaba sino en traducir. Es uno de los períodos más sosegados de la vida de Lorenzo. Aunque vigilado estrechamente como siempre, sólo sufrió una detención en 1902 con motivo de la huelga general en Barcelona y algunas molestias y sinsabores cuando el atentado de Mateo Morral en Madrid contra los reyes.

En 1909 es detenido y deportado a Teruel. La reacción española logra apoderarse de la persona de Ferrer y le hace morir frente al pelotón de ejecución en el foso de Santa Amalia del tétrico castillo de Montjuich.

Anselmo Lorenzo se encuentra, a su regreso del exilio, casi septuagenario, inválido para el trabajo del taller, con la Escuela Moderna clausurada y confiscada por el Estado. No se amilana por eso. Se dedica a redactar sus conferencias y a escribir el tomo segundo de su obra *El proletariado militante*.

Cuando fueron restituidos los bienes de la Escuela Moderna al heredero de Ferrer, volvió Lorenzo a desempeñar su plaza de traductor, en cuyo trabajo había de sorprenderle la muerte.

Era en 1914. Noviembre. Los campos de la vieja Europa se hallaban convertidos en escenario de cruel carnicería. La estulticia humana había provocado y hecho posible el conflicto bélico de mayores y más desastrosas proporciones que registran los fastos de la Historia.

Anselmo Lorenzo ha sufrido una conmoción violentísima.

No creía posible que los pueblos se dejaran arrastrar a la hecatombe. A la guerra habían de responder con la Revolución, y el capitalismo, nefasto sembrador de tantos males, sucumbiría aplastado por las multitudes obreras dinamizadas por el instinto de conservación y animadas por el sublime ideal que se fundamenta en el sentimiento de fraternidad universal, que hará del mundo un edén.

No fue así. Los pueblos olvidaron pronto las duras lecciones de la experiencia y, cambiando la blusa y la herramienta del obrero,

creador de vida, por los arreos militares, se colocaron al lado de la barbarie y al servicio de la muerte.

Tremendo fue el dolor de Lorenzo. No era el derrumbamiento de la fe, pero sí el desgarrón del desengaño. Había que volver a empezar, recomenzar de nuevo, volver, quizá, al lejano punto de partida.

No puede. Ha trabajado tanto, que sus miembros, agotados, piden el bien ganado reposo. Lentamente se extingue. Todavía trabaja. Siembra. Ha de extinguirse derramando luz, como se hunde el sol en la laguna de oro del ocaso.

Y un día, el 30 de noviembre, penetra en la eternidad con la sonrisa leve y la serenidad aleccionadora de un filósofo de la antigua Helenia. Puede mirar cara a cara y sin temblar la dura faz de la muerte, porque ha sabido emplear bien su vida. Por eso se apaga lentamente y bellamente, como un crepúsculo de otoño en el embrujo del paisaje de Mallorca...

CONTERA

Anselmo Lorenzo. Una bella vida y un bello ejemplo. Vivió en la miseria y murió pobre, después de una existencia de trabajo y producción intensos.

Hijo del pueblo y al servicio del pueblo, personificó en sí el ideal del sembrador. Su ruta es una ruta de luz. Se anuncia como una

aurora y se extingue como una puesta de sol en el cielo limpio y despejado.

Porque fue sabio y porque fue bueno, llevó sobre sus hombros la vieja y pesada cruz del sufrimiento humano. Pero nos legó su obra señera y su aleccionador ejemplo.

Sigamos su ruta. Al final se halla la dicha de todos, asentada sobre la firme base de la fraternidad universal. Sigamos su ruta. ¡Sigámosla!

*Editado por la Comisión de Homenaje a Anselmo Lorenzo, del
Movimiento Libertario, en el XXIV aniversario de su muerte.*